

Las revoluciones dependen de condiciones internacionales favorables

Raúl Arroyave Arango

La revolución de independencia hispanoamericana no se puede explicar sin los desbarajustes económicos y geopolíticos provocados por las guerras entre las potencias en el siglo XVIII; la cimentación ideológica de las “declaraciones de los derechos” de las revoluciones de independencia norteamericana y francesa; la independencia de Haití; las guerras napoleónicas en Europa; la crisis de gobernabilidad que generó en el imperio colonial español la invasión de Napoleón en 1808, y la explosión de revoluciones liberales de los años 20 del siglo XIX.

La independencia de Estados Unidos

Las guerras de sucesión española, polaca y austríaca y otras que ocurrieron a lo largo del siglo XVIII dejaron exhaustas a las potencias. Por eso tuvieron que acudir al expediente de aumentar los impuestos a sus colonias para equilibrar sus empobrecidas arcas. Estas alzas provocaron descontento y rebeliones anticoloniales como las de Estados Unidos contra Inglaterra en 1776 y las de las colonias españolas de 1780-1781, conocidas como el Alzamiento de los Comuneros.

La independencia de Estados Unidos se convertiría en hecho clave para la revolución de independencia hispanoamericana, pues demostraría de manera efectiva que espontáneos pero resueltos alzamientos militares en las colonias podían derrotar a los ejércitos profesionales de las metrópolis y además servirían de faro ideológico, pues la declaración de los derechos del hombre escrita por Thomas Payne, junto con el acervo teórico de la Revolución Francesa, así como la adopción

de formas republicanas de gobierno en contraposición a las “divinas” monarquías, sintetizarían la nueva orientación ideológica de la ascendente burguesía y serían la fuente teórica y jurídico-política de la cual beberían los dirigentes de la rebelión independentista.

La guerra de independencia de Estados Unidos se prolongaría hasta 1783. Esa lucha recibió el apoyo directo en armas y empréstitos de Francia y España. Ejércitos franceses guerrearon en Norteamérica al mando del marqués de Lafayette, con batallones de soldados haitianos, que adquirieron allí sus primeras experiencias en el arte de la guerra. En esas batallas tendría su bautizo de fuego Francisco Miranda, el precursor de la independencia.

Cuando George Washington tomó posesión como primer presidente de Estados Unidos, el 30 de abril de 1789, heredó de la Confederación una Secretaría de Asuntos Exteriores con John Hay a la cabeza y dos empleados: ese era el Departamento de Estado. Un Comité del Tesoro sin fondos, un Secretario de Guerra bajo la dirección de Henry Knox, con un ejército de 672 hombres que no tenía Marina, una deuda federal enorme y casi ningún ingreso. Así empezaron su vida republicana. Quizá por ello, nunca respondieron con reciprocidad en la ayuda militar a quienes los habían respaldado en su guerra contra Inglaterra y, por el contrario, bajo las banderas de estricta neutralidad ante los sucesivos conflictos que estallaron en Europa a partir de 1793 y aprovechando las dificultades económicas de los contendientes, resolvieron acrecentar su acumulación de riquezas y capitales, proclamando las banderas del libre comercio.

Esta situación se mantiene con algunos altibajos hasta 1812, cuando Estados Unidos entra en una guerra con Inglaterra que duraría hasta 1815, un primer intento serio por parte de Estados Unidos de desalojar a los británicos de Canadá. Por ello, en pleno auge



Entrada triunfal de Bolívar, Santander y Anzoátegui a la Plaza Mayor de Santafé, tras la batalla del Puente de Boyacá. Óleo de Ignacio Castillo.

de la revolución de independencia hispanoamericana, Inglaterra se ve comprometida en dos importantes frentes de batalla: contra Napoleón en Europa y contra Estados Unidos en Norteamérica. Antes de esta guerra las acciones militares de los Estados Unidos fueron muy escasas. Algunas escaramuzas, apresamientos de barcos y operaciones de corso en la no declarada guerra contra Francia a fines del siglo XVIII, más la resuelta acción militar de 1804-1805 contra Trípoli, en la actual Libia, asiento de piratas bereberes que apresaban los barcos gringos y les cobraban elevados tributos de navegación por el Mediterráneo.

Toda la geopolítica de Estados Unidos en esta etapa estuvo encaminada a lograr su expansión territorial y la ampliación de sus fronteras. Lograron sacar lo mejor de las guerras de independencia en las colonias españolas, sin comprometerse nunca en su respaldo. Después de haber comprado a Napoleón la Luisiana en 1803, “la operación inmobiliaria más rentable de la historia”, continuaron sus esfuerzos por obtener de España las Floridas. Este fue el doble juego, eje de su diplomacia con España y las colonias desde

1811, y que verían coronado en 1819, mediante el Tratado Adams-Onís, mediante el cual ganaron a Oregón y La Florida, a cambio de dos y medio millones de dólares y el compromiso de Estados Unidos ante España de no intervenir apoyando la revolución en sus colonias americanas.

Igualmente, y como parte de la misma estrategia, Estados Unidos desbarató todos los planes que los emigrados napoleónicos intentaron desde su territorio a partir de 1815 para organizar una expedición a la isla de Santa Helena, que liberaría a Napoleón para ponerlo como cabeza de un imperio en el actual territorio de México.

La Revolución Francesa

Fue el acontecimiento más importante del siglo XVIII. La rutinaria reunión de los Estados Generales, una especie de parlamento francés surgido en tiempos lejanos, devendría en un levantamiento que a la postre suprimiría la monarquía, aboliría los privilegios feudales, daría forma a toda una teoría política democrática sobre la separación de poderes, trocaría el origen divino del poder por la soberanía popular y, en sucesivas fases de radicalización o moderación, llevaría a una

profunda transformación política en Francia.

Inglaterra, que todavía no se recuperaba de la pérdida de sus colonias en Norteamérica, reacciona tardíamente ante la triunfante revolución. A partir de 1793, logra conformar la “primera coalición” de las monarquías europeas que intentarán, una y otra vez, a lo largo de las siguientes dos décadas, ahogar esa revolución, que amenazaba con arrojar de manera radical los privilegios feudales al basurero de la historia.

La Revolución Francesa es, en sí misma, prueba fehaciente de esa ley histórica que señala que antes de toda revolución política tiene que haber grandes cambios ideológicos y culturales. Tal es el cometido que cumplen el pensamiento de la Ilustración y los enciclopedistas. La Revolución Francesa fue determinante para la independencia hispanoamericana, no sólo por haber sido su guía ideológica y plasmado de manera práctica el pensamiento de Rousseau, Voltaire, Diderot, Montesquieu y los demás enciclo-

pedistas, sino también, por haber generado las condiciones que permitieron el alzamiento y posterior independencia de Haití.

La independencia de Haití

La guerra de la Francia revolucionaria contra la “primera coalición” termina en 1801 con la paz de Amiens. Esta paz fue efímera. A la primera siguieron otras coaliciones de las monarquías feudales. Para 1803, estalló otra vez la guerra, contra la llamada “segunda coalición”.

En el corto interregno de paz, sucede un hecho trascendental para la independencia de América y es la rebelión de Haití, dominada por Francia desde 1697 y que habría de convertirse en la colonia más rica de las Antillas, tanto en producción agrícola como en el tráfico de esclavos. En septiembre de 1789, cuando llegaron los ecos de la toma de la Bastilla del 14 de julio, se iniciaron las revueltas en Haití, siguiendo los altibajos de moderación o radicalismo de la gran revolución.

Destaca en todo este proceso como dirigente de los esclavos insumisos, Toussaint Louverture, veterano de los ejércitos franceses en la guerra de los siete años. En 1801, proclama la independencia de Haití y desbarata los planes de Napoleón, que necesitaba esa Isla para la defensa de Luisiana. La crisis haitiana está en el origen de la venta forzada de Luisiana. Napoleón restablece la esclavitud e intenta la retoma de Haití, llevando a su invencible ejército a la primera gran derrota y a la muerte a más de 50 mil franceses. Fue el inicio de una cruenta lucha que va a terminar con Louverture muerto en una cárcel de Francia y con los caudillos Henri Christophe y Alejandro Petion al frente de la rebelión que finalmente consolidaría la independencia de Haití hacia 1804, convirtiéndose en la segunda república del hemisferio occidental, después de Estados Unidos, pero a diferencia de ésta, dirigida por esclavos libres y victoriosos.

Después de una de una cruenta guerra civil, Petion derrota a Christophe, quien se había proclamado rey como Henry I. Petion establece un gobierno republicano, base de apoyo fundamental para la revolución de

Hispanoamérica y, en particular, para Colombia y Venezuela, en la segunda década del siglo XIX. Sin Petion, que financió y equipó para Bolívar, bajo la promesa de la liberación de los esclavos, las dos expediciones de los Cayos, la revolución de independencia en la región andina habría sido ahogada en los patibulos del terror del Pacificador Pablo Morillo, a finales de 1815.

Las guerras napoleónicas

Napoleón fue el continuador, primero bajo el Consulado y después bajo el Imperio, de la obra transformadora de la revolución francesa. Le tocó seguir el esfuerzo bélico de la revolución, que tuvo que abrirse paso a sangre y fuego contra las pretensiones restauradoras de las monarquías feudales. Concibió la invasión de Inglaterra a partir de 1803 y con ese cometido, organizó un gran ejército en la costa francesa del Canal de la Mancha. Los planes para esta invasión se frustran el 21 de octubre de 1805 con la destrucción, a manos del almirante británico Horacio Nelson, de la flota franco-española en Cabo Trafalgar, lo que dio a Inglaterra la definitiva supremacía en los mares. La destrucción de la flota española en Trafalgar fue trascendental para la derrota del imperio colonial, pues España quedó imposibilitada para su efectiva y pronta defensa.

Fracasada la invasión, la estrategia de Napoleón contra Inglaterra vira hacia el bloqueo continental a su comercio. Con este fin, enfrenta a las tropas de la “tercera coalición” y los ejércitos napoleónicos recorren Europa en victoriosas campañas entre 1805 y 1807. El bloqueo sólo era posible si lograba controlar los puertos de la península ibérica. Con este fin, Napoleón envía tropas a Portugal a través de España pero termina involucrado en las intrigas por la Corona española. Toma con sus ejércitos Madrid, presiona las abdicaciones de los reyes de España, nombra como rey a su hermano José, genera una implacable resistencia campesina bajo la insignia cristiano-monárquica y empantana a miles de sus mejores tropas, dando origen a lo que él mismo llamaría después “la úlcera española”.

Entre 1809 y 1810, aprovechando el desgobierno de España, se dan Gritos de Independencia desde México hasta Buenos Aires. Estos acontecimientos que comenzaron tímidamente bajo la forma de respaldo al depuesto rey Fernando VII, evolucionaron hacia la búsqueda de la independencia definitiva del yugo colonial.

La derrota de Napoleón en 1815 trajo como consecuencia inmediata la restauración en el trono de España de Fernando VII, previo juramento de la Constitución liberal de Cádiz de 1812. La restauración se apareja con la abjuración, se entroniza el viejo despotismo y se organiza un poderoso ejército de reconquista al mando del general Pablo Morillo. Estos hechos acrecientan el descontento de la masonería europea y del ascendente movimiento liberal español, lo que a la postre abortaría los intentos de una segunda reconquista.

La rebelión del general Rafael del Riego en 1820

Morillo, a sangre y fuego, emprendió la reconquista y hubiera ahogado las pretensiones independentistas de no ser por a ayuda brindada a Bolívar por Petion en las dos expediciones de los Cayos. Para 1818, las fuerzas libertarias estaban otra vez a la ofensiva en los llanos del Orinoco en Venezuela y, en 1819, darían el golpe estratégico de liberar en las batallas del Pantano de Vargas y del Puente de Boyacá a la Nueva Granada, consolidando una sólida base de apoyo para la guerra subsiguiente.

Ante estos reveses, Fernando VII organizó hacia 1820 una segunda expedición de reconquista duplicando sus fuerzas, tanto en barcos de guerra como en tropas. Este ejército fue acantonado en Cádiz, bajo el mando de Rafael del Riego y Horacio Quiroga, dos generales de militancia masónica y de orientación liberal. Ellos se rebelan contra Fernando VII, lo obligan a jurar la Constitución liberal de 1812 y a poner freno a sus poderes absolutos, y se niegan a embarcar el ejército de reconquista. Esta rebelión liberal, que se extendió a muchas regiones de Europa, duró en España hasta 1823, cuando fue aplastada por un enorme ejército

francés, los llamados cien mil hijos de San Luis, fuerza organizada bajo los auspicios de la Santa Alianza, “un pacto lleno de misticismo y tontería” al decir de los británicos, que, en verdad, ya no tuvo arrestos para patrocinar nuevas reconquistas en América, pues a duras penas logró sofocar las revoluciones liberales que se regaron como pólvora por toda Europa.

En este interregno, pudo Bolívar consolidar la independencia de Nueva Granada y Venezuela, darle forma jurídico-política a la Gran Colombia en el Congreso de Cúcuta, en 1821, y aprestarse para la definitiva liberación de Ecuador, Perú y Bolivia.

La rebelión de Del Riego fue un hecho definitivo y suceso final de una cadena de acontecimientos internacionales que a lo largo de treinta años hicieron posible el éxito de nuestra revolución de independencia.

Epílogo

Hacia 1823, Estados Unidos proclamó la Doctrina Monroe: “América para los americanos” y las naciones recién liberadas, salvo Haití, fueron reconocidas. Aunque tal doctrina significó, de hecho, la notificación a las monarquías de la Santa Alianza de que no se permitirían nuevas reconquistas europeas en Hispanoamérica, ha sido interpretada erróneamente como prueba del imperialismo norteamericano. En verdad, para la época, este era un país capitalista en ascenso, no uno imperialista, categoría que alcanzaría al finalizar el siglo XIX.

Las desavenencias de Bolívar con Estados Unidos tienen que ver con asuntos de más fondo que las contradicciones originadas en la posición probritánica de Bolívar o sus inclinaciones monárquicas. Hunden sus raíces en la decisión geopolítica de Estados Unidos de acrecentar su territorio a costa de la crisis.

Las desavenencias hunden sus raíces en la decisión de Estados Unidos de impedir por la fuerza, a finales de 1817, la toma, autorizada por Bolívar, de la isla de Amelia y el puerto de Pensacola, donde proclamaron la República de La Florida, con el fin de montar desde allí una base de operaciones de las fuerzas patrio-

tas al mando del corsario francés Luís Aury y donde participaban personajes como el escocés Gregor McGregor, uno de los cuñados de Bolívar, el caraqueño Pedro Gual y el futuro cartógrafo de Colombia Agustín Codazzi; pasan por el incidente del apresamiento, por orden de Bolívar, de dos goletas gringas que aprovisionaban a los españoles en la zona del Orinoco, en 1818, y continúan con la cerrada oposición de Estados Unidos a que Bolívar, después de completada la liberación de la Gran Colombia, se aprestara a organizar un ejército y una flota, para atacar, en alianza con México, los reductos españoles de Cuba y Puerto Rico, expulsar definitivamente a los españoles de Hispanoamérica y abolir de una vez por todas la esclavitud, asunto que no hacía ninguna gracia a Estados Unidos, no sólo porque siempre consideró a Cuba como un apéndice territorial natural, sino porque la esclavitud fue mantenida hasta la Guerra de la Secesión, que estuvo a punto de costarles su unidad como república. En este marco, se entiende por qué no hubo un solo soldado norteamericano guerreando en los ejércitos libertarios de Hispanoamérica.

Como quedó visto, la lucha por la primera independencia fue cruenta y compleja. Tuvieron que entrelazarse muy diversos acontecimientos internacionales para que ella pudiera tener un desenlace favorable. A partir de los inicios del siglo XX, nuestra independencia nacional volvió a perderse bajo los designios del orden neocolonial impuesto por el imperialismo norteamericano con la colaboración de los apátridas criollos. Los revolucionarios y patriotas de hoy trabajamos sin descanso por obtener la segunda independencia, a sabiendas de que lo alcanzado en términos de fortaleza y cohesión interna en un amplio frente antiimperialista sólo podrá fructificar cuando las condiciones de crisis o contradicciones internacionales propicien su exitoso desenlace.